

2. LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA DESDE LOS ORÍGENES HASTA LA ACTUALIDAD

La mayoría de manuales sobre *Historiografía* (esto es: la historia de los relatos históricos y sus autores) suelen situar los orígenes de la disciplina histórica en la Grecia del siglo VI y V a. C.: con los logógrafos jonios, con Heródoto y Tucídides. Algunos manuales comienzan señalando la existencia de relatos de contenido histórico en civilizaciones previas como la egipcia, la mesopotámica, la hebrea o la hindú del segundo y primer milenio antes de nuestra era. Y aún hay otros que afirman la existencia de relatos históricos desde el mismo momento en que surgen comunidades humanas, aunque éstos fueran sólo cuentos, cantos y poemas orales que, debido al desconocimiento de la escritura, se han perdido para siempre en el olvido.

No obstante, casi todos los especialistas coinciden en señalar que a finales del XVIII y principios del XIX la actividad de investigación y redacción de los relatos históricos experimentó una transformación notable, de grado y calidad. A partir de ese momento, el ejercicio de la historia pasó a convertirse en una disciplina científica, bien diferente de la historia artística y literaria que se había venido practicando hasta entonces. En palabras del historiador norteamericano Harry Ritter:

Durante el siglo XVIII la antigua tradición de historia como narración se fusionó con el interés erudito por los hechos y, alrededor de 1800, el concepto moderno de historia científica cobró forma¹.

En efecto, la distancia entre la «historia» contada y relatada antes y después de Leopold von Ranke (por utilizar su persona como símbolo de las transformaciones operadas), es de tal grado que obliga a distinguir ambos tipos de actividad: la primera sería una categoría o género literario y narrativo peculiar; la segunda, una auténtica ciencia humana o social.

¹ Harry Ritter, «History», *Dictionary of Concepts in History*, Nueva York, Greenwood Press, 1986, pp. 193-200. Señala al respecto Arthur Marwick: «la Historia, como disciplina académica y cuerpo de conocimientos, comienza sólo con Ranke y sus compatriotas alemanes de principios del siglo XIX», *The Nature of History*, Londres, Macmillan, 1989, p. 29.

Como ya hemos visto, todas las sociedades tienen necesariamente una conciencia temporal de su pasado. El hombre es siempre un ser gregario y el grupo social es por naturaleza heterogéneo en su composición: coexisten en él individuos de diversas edades y con distintas vivencias. Por esta razón, todos los componentes de cualquier grupo humano saben que hubo un período temporal anterior al de su propia experiencia biográfica individual. Todos son conscientes, por sumaria que pueda ser esa conciencia, de la acción del tiempo y de la diferencia entre el presente y lo previo y posterior a él. La concepción de tal pasado comunitario constituye un elemento inevitable y esencial de sus instituciones, valores, tradiciones y relaciones con el medio físico y con otros grupos humanos circundantes. Aquí reside la necesidad de tener una conciencia del pasado colectivo y la función social de esa misma conciencia en el seno del grupo, como factor de identificación, legitimación y orientación dentro del contexto natural y social donde esté emplazado el grupo².

En las sociedades ágrafas (desconocedoras de la escritura), esa necesidad funcional de una conciencia del pasado se satisface mediante la recitación de la genealogía familiar y tribal o por relatos míticos y religiosos transmitidos por tradición oral. Como afirman todavía hoy los aborígenes australianos sobre sus mitos de origen: «Nuestros padres nos los enseñaron a nosotros como sus padres les enseñaron a ellos». No en vano, del pasado proceden las técnicas, los saberes y las tradiciones que permiten la supervivencia y reproducción del grupo comunitario. Y por eso mismo, el conocimiento del pasado es «un elemento crítico de toda la vida social» y con frecuencia «se convierte a menudo en un recurso político»³.

I. EL ORIGEN DE LA HISTORIOGRAFÍA EN LA ANTIGÜEDAD

A partir del III milenio a. C., el surgimiento de las civilizaciones urbanas y literarias en el Creciente Fértil (Egipto y Mesopotamia) fue acompañado de la aparición de un relato escrito (en papiro, cera, madera o pie-

² Robert Layton (comp.), *Who Needs the Past? Indigenous Values and Archaeology*, Londres, Unwin Hyman, 1989, especialmente la introducción del compilador, pp. 1-12. Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía*, México, FCE, 1986, cap. 1. Jacques Le Goff, *Pensar la historia*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 180-184. Nos hemos ocupado extensamente de estos asuntos en la obra ya citada *Las caras de Clío. Una introducción a la Historia*, pp. 85-90.

³ Recogido por N. M. Williams y D. Mununggurr, «Understanding Yolngu signs of the Past», en R. Layton, *op. cit.*, p. 78.

dra) donde se registraban los mitos, las intervenciones divinas y los hechos humanos seculares del pasado. Es entonces cuando propiamente se constituyó la Historia, la literatura histórica, «como una forma de narración de acontecimientos pretéritos», como una categoría o género literario y narrativo particular. Porque la escritura permitió superar la fragilidad de la memoria y dejar un registro de los hechos comunitarios permanente y transmisible a generaciones sucesivas, sin los riesgos de olvidos o deformaciones voluntarias o involuntarias que estaban presentes en la transmisión oral⁴.

En Egipto y Mesopotamia aparecieron por vez primera las listas de reyes (como la *Estela de Palermo* egipcia, del 2350 a. C. aproximadamente), las inscripciones votivas y conmemorativas en templos y obeliscos, los anales y las crónicas («narración de sucesos políticos o religiosos ordenados cronológicamente y fechados según los años de reinado de un monarca»). En todos esos casos, su función parece haber sido básicamente dual: servir como elemento de legitimación y apología del poder real benefactor y también como sistema de datación temporal en la práctica administrativa. Para el antiguo pueblo de Israel, la conciencia del pasado era incluso un precepto de su religión inscrito en su libro revelado, donde Moisés exhorta a los hebreos:

Trae a la memoria los tiempos pasados,
Atiende a los años de todas las generaciones;
Pregunta a tu padre, y te enseñará;
A tus ancianos, y te dirán.

(*Deuteronomio*, xxxii, 7).

Precisamente, fue en Israel donde parece surgir por vez primera una obra histórica de sucesos genuinamente seculares, en el sentido de que no interviene en el relato la divinidad: la llamada «narrativa de la sucesión», sobre la rebelión de Absalón contra su padre el rey David, redactada hacia el siglo VI a. C. e incorporada a la Biblia (*Samuel*, libro segundo, 9-20).

La aparición de ese género de literatura histórica israelita es contemporánea del surgimiento de un tipo similar de relato histórico en Grecia,

⁴ John Van Seters, *In Search of History. Historiography in the Ancient World*, New Haven, Yale University Press, 1983. Herbert Butterfield, *The Origins of History*, Londres, Methuen, 1981. Jack R. Goody e Ian Watt, «Las consecuencias de la alfabetización», en David Crowley y Paul Heyer (eds.), *La comunicación en la Historia. Tecnología, cultura y sociedad*, Barcelona, Bosch, 1997, pp. 72-82. Emilio Lledó, «El despertar de la memoria», *El País*, 4 de enero de 1990.

también a lo largo del siglo VI y V a. C. La floración de la historiografía clásica griega fue consecuencia de la eclosión cultural que dio origen a la filosofía, la geometría y la aritmética, la tragedia y la comedia, etc. Dicha eclosión fue precedida y originada por la generalización de la economía monetaria y mercantil, la crisis del gobierno aristocrático, el surgimiento de las tiranías y democracias en las ciudades-estado, y los cambios religiosos y rituales consecuentes. En definitiva, la difusión del racionalismo crítico intelectual y de la nueva conciencia cívica de la polis griega fueron auténticos parteros de la historiografía griega⁵.

Bajo la rúbrica de *logógrafos* se agrupa un conjunto de escritores del Asia Menor griega que anticipan a Heródoto con sus relatos de acontecimientos pasados en los que quiere estar ausente el mito y la leyenda. El más conocido de ellos, Hecateo de Mileto (fines del siglo VI a. C.), exponía así su propósito: «Escribo estas cosas en la medida en que me parecen verídicas; de hecho, las leyendas de los griegos son numerosas y ridículas, por lo menos en mi opinión». Ciertamente, la subsecuente historiografía griega va a caracterizarse por ese enfrentamiento al mito en aras de un relato racionalista, crítico, secular, resultado de la investigación y averiguación personal por parte del autor, que pretende ser «verdadero» y no fabuloso ni ficticio.

Heródoto de Halicarnaso (circa 480-425 a. C.), con sus *Historias* (sobre las guerras médicas), y el ateniense Tucídides (circa 460-400 a. C.), con su *Historia de la guerra del Peloponeso*, son los exponentes más notables y representativos de la historiografía clásica helénica. Ambos continuaron y acentuaron el respeto a las dos exigencias del relato histórico establecido por Hecateo: la forma narrativa y la pretensión de veracidad. Y con ellos quedó constituida la Historia como una categoría y género literario racionalista y contradistinto del relato mítico, enfrentado a él en la voluntad de búsqueda de la «verdad» de los acontecimientos humanos (sobre todo políticos y militares) en el propio orden humano, sin inter-

⁵ Al respecto, aparte de las obras de Van Setters y Butterfield ya citadas, véase también: François Châtelet, *El nacimiento de la Historia*, Madrid, Siglo XXI, 1978, 2 vols. Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 17-26. Arnaldo Momigliano, *La historiografía griega*, Barcelona, Crítica, 1984. Jorge Luis Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui, *Del epos a la historia científica. Una visión de la historiografía a través del método*, Buenos Aires, Ábaco, 1982. Contamos con interesantes antologías documentales: Martín Alonso (ed.), *Historiadores griegos*, Madrid, Edaf, 1968. Fernando Sánchez Marcos, *Invitación a la Historia. De Heródoto a Voltaire*, Barcelona, Publicaciones Universitarias, 1988. Donald R. Kelley, *Versions of History from Antiquity to the Enlightenment*, New Haven, Yale University Press, 1991. Emilio Mitre Fernández, *Historia y pensamiento histórico. Estudio y antología*, Madrid, Cátedra, 1997.

vención sobrenatural y apelando a una inmanencia causal en la explicación de los fenómenos. Ello sin mengua de que el relato histórico-literario sea más verosímil que verdadero, como demuestra el gusto por la transcripción de discursos supuestamente pronunciados por los protagonistas históricos en momentos claves.

La tradición historiográfica griega enlazó con la romana a través de Polibio (circa 200-118 a. C.), autor de las *Historias* sobre la expansión imperial de Roma, y Plutarco (45-123 d. C.), cultivador del género biográfico con sus *Vidas paralelas*. Dicha tradición historiográfica clásica cumplía básicamente una triple función social: constituía una fuente de instrucción moral, tanto cívica como religiosa; contribuía a la educación de los gobernantes en su calidad de *magistra vitae* y espejo de lecciones políticas, militares y constitucionales; y proporcionaba un entretenimiento intelectual para los cultos (los pocos que leían) y servía de apoyatura y soporte para el aprendizaje de las artes retóricas y oratorias, claves para la vida política grecorromana.

Los cuatro grandes historiadores romanos perpetuaron fielmente los rasgos definitorios y las funciones de la historiografía griega: Julio César (100-44 a. C.) con sus relatos biográficos sobre *La guerra de las Galias* y *La guerra civil*; Cayo Salustio (87-34 a. C.) con su narración sobre la crisis de la República en *La conjuración de Catilina* y *La guerra de Yugurta*; Tito Livio (59 a.C.-17 d. C.) con su historia de Roma desde la fundación de la ciudad hasta el reinado de Augusto, *Ab Urbe Condita*; y Cornelio Tácito (circa 52-120 d.C.) con su narración truculenta de los primeros emperadores en los *Anales* y las *Historias*⁶.

II. LA LITERATURA HISTÓRICA EN LA EDAD MEDIA

La tradición historiográfica clásica sufrió una ruptura radical con la desintegración política del Imperio romano en el siglo IV y con el ascenso del cristianismo como religión oficial del estado. Y ello porque el historiador cristiano, casi siempre un clérigo u hombre de Iglesia, entenderá la historia no como una investigación secular, causal y racionalista de los

⁶ Jean-Marie André y Alain Hus, *La historia en Roma*, Madrid, Siglo XXI, 1983. Emilio Aguado (comp.), *Historiadores latinos*, Madrid, Edaf, 1970. T. P. Wiseman, «Classical Historiography», en Christopher Holdsworth y T. P. Wiseman (comps.), *The Inheritance of Historiography, 350-900*, Exeter, University Press, 1986, pp. 1-6.

hechos humanos, sino como «la contemplación alegórica de la voluntad divina», como la realización del plan preparado por Dios para la salvación de los hombres desde la Creación y hasta el Juicio Final, pasando por el momento clave de la Encarnación del Hijo de Dios. Esa conexión entre el curso humano y la voluntad divina abrió el ámbito de la historia a la intervención sobrenatural, tanto milagrosa como maléfica, y así quebró el principio clásico de inmanencia causal racionalista del relato histórico⁷.

Durante la Edad Media, a tono con el poder temporal e intelectual asumido por la Iglesia, las funciones sociales de la historiografía clásica pasarían a ser cumplidas por una teología de contenidos históricos para la cual el *speculum historiale* mostraba simplemente el desenvolvimiento de la Divina Providencia: «la acción del hombre bajo la mirada vigilante de Dios», en palabras de Émile Mâle. El gran sistematizador de esa teología sería San Agustín (354-430), obispo de Hipona, en su influyente obra *La Ciudad de Dios*. Pero el modelo historiográfico indiscutido fue Eusebio (circa 260-340), obispo de Cesarea, autor de una *Crónica*, en griego, donde resumía toda la historia universal hasta el triunfo del cristianismo, empezando con el relato bíblico e incorporando la historia mesopotámica, egipcia y grecorromana. San Jerónimo, obispo de Milán, la tradujo al latín hacia el 389 y bajo ese formato (la *Crónica* de San Jerónimo) se convirtió en una pieza canónica de la cronografía e historia cristiana. Fue utilizada como modelo y base de datos en los *Siete libros de historia contra los paganos* del clérigo Paulo Orosio (418) y en la muy extendida *Chronica Mundi* de San Isidoro (560-636), prolífico obispo de Sevilla.

Al margen de la crónica universal, el surgimiento y consolidación de los reinos medievales posibilitó la aparición de otro género histórico: la crónica particular sobre los nuevos estados en el marco de una concepción cristiana y providencialista de la historia. Tal fue el caso de la *Historia de los francos* del obispo Gregorio de Tours (530-594); la *Historia de la Iglesia y el pueblo de Inglaterra* del monje Beda el Venerable (673-735); la *Historia de los lombardos* de Paulo el Diácono (fines del siglo VIII), etcétera. Ya en la plenitud de la Edad Media, se elaborarían obras similares en lenguas vernáculas, como la *Crónica General de Espa-*

⁷ Denys Hays, *Annals and Historians. Western Historiography from the Eighth to the Eighteenth Century*, Londres, Methuen, 1977. Emilio Mitre Fernández, *Historiografía y mentalidades históricas en la Europa medieval*, Madrid, Universidad Complutense, 1982. Bernard Guenée, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, París, Aubier-Montaigne, 1980. Carmen Orcástegui y Esteban Sarasa, *La Historia en la Edad Media*, Madrid, Cátedra, 1991. Anders Piltz, *The World of Medieval Learning*, Oxford, Blackwell, 1981.

na compuesta bajo la dirección del rey Alfonso X el Sabio entre 1270 y 1280.

III. EL RENACIMIENTO Y LA APARICIÓN DE LA CRÍTICA HISTÓRICA

A partir del siglo XIV y durante el siglo XV, las transformaciones históricas que dieron origen al Renacimiento en Europa posibilitaron una recuperación gradual de la práctica historiográfica al estilo grecorromano. No en vano, la expansión de la economía mercantil, la formación de los Estados modernos, los grandes descubrimientos geográficos, la invención de la imprenta (1455) y la recepción de nuevas obras clásicas tras la caída de Constantinopla ante los turcos (1453), contribuyeron a reducir el poder terrenal del Papado y a debilitar el control eclesiástico sobre el universo intelectual de Europa.

En ese nuevo contexto de oscurecimiento de la tutela teológica, los humanistas renacentistas redescubrieron la cultura clásica en su forma original y, entregándose a su estudio, interpretación y traducción, generaron una nueva conciencia histórica: «un sentido de la perspectiva temporal (...) nacido a la par que los pintores italianos comenzaban a representar las figuras de acuerdo con las leyes de la perspectiva espacial». Desde Petrarca (1304-1374), la conciencia de anacronismo, de «sentido de la discontinuidad histórica», de necesaria atención a las circunstancias de tiempo y lugar como magnitudes significativas, fue abriéndose paso entre los humanistas al compás de una periodización profana de la historia: Antigüedad, Medioevo y Modernidad⁸.

Los historiadores florentinos fueron los primeros que reactualizaron el modelo clásico de relato racionalista e inmanentista, bajo la nueva conciencia de perspectiva temporal y sentido del anacronismo: Leonardo Bruni (1370-1444); Nicolás Maquiavelo (1469-1527); y Francesco Guicciardini (1483-1540). En consonancia con la naturaleza de sus autores (políticos y funcionarios) y con la influencia de los modelos clásicos, su obra era básicamente política, militar y diplomática, sin pretensiones moralizantes o religiosas (de ahí el llamado realismo amorale «maquiavélico»), pero con intención de enseñar lecciones políticas a los gobernantes y de legitimar derechos ejercidos o pretendidos por la República. A la par, estaba escrita con esmero literario, preocupación estilística y apoyatura en la documentación archivística oficial.

Ese modelo historiográfico tuvo su eco y reflejo entre los historiadores humanistas del resto del continente. En España, el descubrimiento y conquista de América generó una producción historiográfica muy parecida a la de Heródoto y los logógrafos por su incorporación de temas geográficos, naturalistas y etnográficos en la narración histórica: la llamada «Cronística de Indias» (Bernal Díaz del Castillo; Pedro Cieza de León; Gonzalo Fernández de Oviedo, etcétera.).

La nueva conciencia temporal de los humanistas renacentistas fue cristalizando a medida que coleccionaban y estudiaban los textos de autores clásicos redescubiertos y solucionaban los problemas planteados por su interpretación y traducción a lenguas vernáculas. Y de esta labor de análisis filológico comparativo fue desprendiéndose la disciplina histórica que habría de estar en el origen de la historia científica del siglo XIX: la erudición crítica documental.

El primer gran triunfo en esa roturación racionalista del material histórico fue el descubrimiento del fraude de la supuesta «Donación de Constantino», según la cual el emperador había entregado al papa Silvestre y a sus sucesores la autoridad sobre Roma y todo el Imperio de Occidente. Lorenzo Valla (1407-1457), humanista al servicio del rey de Nápoles (enfrentado a las pretensiones políticas del Papado), descubrió la superchería mediante una demoledora crítica interna del documento, mostrando su anacronismo respecto al latín del siglo IV y sus errores e inexactitudes gramaticales, jurídicas, geográficas y cronológicas. No cabe minusvalorar la importancia de estos hechos: por vez primera, la crítica documental lograba una verdad histórica, aunque fuese negativa, demostrando el carácter fraudulento de unos documentos; es decir, se destituía a los mismos de su condición de reliquia histórica⁹.

La Reforma y las consecuentes disputas religiosas entre católicos y protestantes acentuaron enormemente los avances en las técnicas de estudio crítico filológico y documental. Así, un equipo de historiadores luteranos emprendió la tarea de redactar una historia eclesiástica basándose en la edición crítica y exégesis de textos originales cristianos: las *Centurias*

⁸ H. E. Barnes, *A History of Historical Writing*, Nueva York, Dover, 2ª ed., 1962, pp. 60-63. Véase la introducción de Donald R. Kelly a su selección de textos históricos modernos: *Versions of History*, cap. 6. H. Ritter, «Anachronism», en *Dictionary of Concepts in History*. Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *La aparición del libro, 1450-1800*, México, Uthea, 1962. Peter Burke, *The Renaissance Sense of the Past*, Londres, Edward Arnold, 1969.

⁹ Además de la obra de Peter Burke ya citada en nota previa, véase sobre este particular: Donald R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship*, Nueva York, Columbia University Press, 1970.

de Magdeburgo (1539-1546), donde el relato se vertebraba sobre períodos de cien años: origen de la periodización secular. Su intención era recuperar la tradición cristiana primitiva, antes de su supuesta corrupción por la Iglesia romana, y demostrar la falta de base histórica de las pretensiones políticas y dogmáticas del Papado. Para responderles, los historiadores católicos asumieron las mismas técnicas críticas documentales, generando una historia eclesiástica que había perdido su carácter sacro y había devenido en relato racionalista, erudito al modo renacentista y conscientemente demostrativo y polémico.

Los historiadores jesuitas, dirigidos por Jean Bolland (de ahí su apodo de «bolandistas»), comenzaron a editar las *Acta sanctorum* en 1643: biografías de santos basadas en un examen crítico de las fuentes disponibles y descartando los aspectos legendarios y documentos fraudulentos. Por su parte, los benedictinos parisinos de la congregación de Saint-Maur (los «mauristas») iniciaron una empresa similar de biografías de santos de la orden benedictina en 1668. Y sería un maurista, Jean Mabillon (1632-1707), quien daría un impulso crucial al método histórico crítico hasta el punto de ser llamado «el Newton de la historia». En 1681, Mabillon publicó su famosa *De Re Diplomatica*, estableciendo las reglas de la disciplina encargada de analizar, verificar y autenticar los documentos históricos (los «diplomas») y descubrir interpolaciones y modificaciones en los mismos, atendiendo a sus características gráficas, estilísticas y formales, y a sus modos de datación, rúbrica y sellado¹⁰. Es decir, las reglas sistemáticas para alcanzar un conocimiento verdadero sobre el carácter histórico o fraudulento de ese material documental.

A partir de 1681, la erudición crítica, pertrechada de reglas de análisis filológico, paleográfico, diplomático, cronológico, numismático y sigilográfico, prosiguió su roturación racionalista del material y reliquias históricas y abrió el camino para la transformación de la historia en una disciplina científica a finales del siglo XVIII. Para ello, durante esa centuria hubo de superarse la tajante división previa entre la tradición del género literario histórico basado en los modelos clásicos y la nueva tradición de erudición y crítica documental. A este respecto, es un lugar común recor-

¹⁰ Denys Hay, *Annalists and Historians*, pp. 160-162. D. R. Kelley, *Versions of History*, cap. 8. Jacques Le Goff, *Pensar la historia*, p. 119. Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, Barcelona, Martínez Roca, 1974, pp. 90-92 y 104-106. Véase la voz «Maurista» y «Mabillon» en dos útiles diccionarios: John Cannon (ed.), *The Blackwell Dictionary of Historians*, Oxford, Blackwell, 1988; y Lucien Boia (ed.), *Great Historians from Antiquity to 1800*, Westport, Greenwood Press, 1989.

dar la anécdota del abad de Vertot (1655-1735), quien habiendo escrito el relato del sitio de Rodas por los turcos en 1565, vio que le aportaban documentos nuevos y los rechazó diciendo: «Mi historia del sitio ya está hecha». También refleja el divorcio entre ambas tradiciones el episodio protagonizado por el padre Daniel, historiógrafo oficial de Luis XIV, a quien se le pidió una historia del Ejército francés: fue introducido en la biblioteca real para mostrarle miles de volúmenes que podrían serle útiles y, tras consultar algunos de ellos durante una hora, declaró finalmente que «todos esos libros eran papelería inútil que no necesitaba para escribir su historia»¹¹.

IV. LOS EFECTOS DE LA ILUSTRACIÓN

El maridaje final entre ambas tradiciones (literaria y erudita) que daría origen a la historia científica tuvo lugar a la par que la idea de Providencia fue siendo paulatinamente sustituida por la idea de Progreso al compás de la expansión del movimiento intelectual europeo conocido como Ilustración. Este complejo fenómeno cultural, con su apelación a la razón humana como único criterio de conocimiento y autoridad, era el resultado de la difusión del método científico experimental practicado en la centuria anterior por Galileo y Newton. También reflejaba el impacto de las grandes transformaciones históricas coetáneas: extensión de la colonización europea en Asia y Oceanía, crecimiento demográfico y urbano continental, expansión económica agraria y mercantil, enriquecimiento de las burguesías, ampliación del público lector y de la producción bibliográfica, reformismo institucional de los déspotas ilustrados, inicio de la crisis política del Antiguo Régimen, etcétera.

En efecto, de la mano de los filósofos ilustrados alemanes (Leibniz y Kant) y franceses (Turgot, Condorcet y Voltaire), la difusión de una concepción del tiempo como vector y factor de evolución y progreso (*progredior*: caminar adelante, avanzar) hizo posible la consideración de la cronología como una cadena causal y evolutiva de cambios significativos e irreversibles en la esfera de la actividad humana. Y al desarrollar así la conciencia temporal inaugurada por el humanismo renacentista, los ilustrados hicieron que el tiempo pasara a convertirse en la práctica historiográfica en un instrumento identificado con la cronología, principio de

¹¹ J. le Goff, *Pensar la Historia*, p. 119; G. Lefebvre, *ob. cit.*, pp. 114-114.

medida y clasificación por excelencia, contra el cual el mayor delito y falta habría de ser el anacronismo y la ucronía.

Precisamente la aplicación de esa novedosa concepción temporal a un relato-narración racionalista, que se construye sobre la crítica de las reliquias materiales existentes, sería lo que habría de fundar la moderna disciplina de la historia científica. Así pues, la filosofía de la historia ilustrada contribuyó poderosamente a destruir la idea de Providencia Divina en favor de la idea de Progreso inmanente y, de ese modo, favoreció el surgimiento de las ciencias históricas. Basta recordar la siguiente exhortación de Voltaire para darse cuenta de la modernidad de su planteamiento historiográfico:

Se exige hoy a los historiadores modernos mayores detalles, hechos comprobados, fechas exactas, mayor estudio de los usos, de las costumbres y de las leyes, del comercio, de la hacienda, de la agricultura y de la población¹².

V. EL SURGIMIENTO DE LA CIENCIA HISTÓRICA: LA ESCUELA ALEMANA DEL SIGLO XIX

En los primeros años del siglo XIX Alemania fue escenario del surgimiento de la moderna ciencia de la historia sobre la base del maridaje de la tradición histórico-literaria y de la erudición documental, al abrigo de una concepción del fluir temporal humano y social como proceso causal racionalista e inmanente y ya no sólo como mera sucesión cronológica de acontecimientos. La historia razonada y documentada comenzó a suplantarse a la mera crónica de mayor o menor complejidad compositiva, narrativa o erudita.

Desde finales del siglo XVIII, los juristas de la Universidad de Gotinga (Hannover) habían comenzado a reunir y depurar críticamente datos (económicos, demográficos, ...) sobre los Estados alemanes para redactar sus obras históricas. Según afirmaba uno de ellos, A.L. Schlözer: «La historia ya no puede ser meramente la biografía de reyes, notas cronológicas exactas sobre las guerras, batallas y cambios de gobierno, ni tampoco informes sobre alianzas y revoluciones». Ese novedoso planteamiento his-

¹² *Diccionario filosófico*, Buenos Aires, Sophos, 1960, vol. 2, p. 345. Cfr. Paul Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Alianza, 1985; Robert Nisbet, *Historia de la idea de Progreso*, Barcelona, Gedisa, 1981; John Bury, *La idea de Progreso*, Madrid, Alianza, 1971; y G. J. Whitrow, *El tiempo en la historia*, Barcelona, Crítica, 1990.

toriográfico fue potenciado por la nueva concepción del tiempo y la historia que posibilitaron las hondas transformaciones de Europa durante más de veinticinco años, entre el inicio de la Revolución francesa de 1789 y la caída del imperio napoleónico en 1815¹³.

Barthold Georg Niebuhr (1776-1831), profesor desde 1810 en la Universidad de Berlín, fue pionero en el uso del nuevo «método histórico crítico» en sus trabajos: el examen y análisis crítico, filológico y documental, de las fuentes históricas materiales y su posterior utilización sistemática como base de una narración que «debe revelar, como mínimo con alguna probabilidad, las conexiones generales entre los acontecimientos». Su *Historia Romana* (1811-1812) por primera vez dejaba de reproducir el relato de Tito Livio y los clásicos, en favor de los descubrimientos de la crítica filológica y documental sobre fuentes literarias y epigráficas latinas, relatados en un estilo sobrio y exhaustivo. Se ha dicho con propiedad que su obra significó la transición de la erudición a la ciencia histórica, dado que:

va más allá del interés erudito por detalles notables del pasado en favor de una más amplia reconstrucción de aspectos de la realidad pretérita sobre la base de pruebas convincentes [... a fin de] establecer conexiones significativas entre acontecimientos y estructuras¹⁴.

La senda abierta por Niebuhr fue recorrida y ampliada por Leopold von Ranke (1795-1886), cuya influencia sobre el desarrollo de las ciencias históricas, en Alemania y fuera de ella, es bien conocida. Ranke, profesor en Berlín desde 1824, fue especialista y autor de una ingente obra sobre historia política y diplomática europea de los siglos XVI y XVII: *Historia de los pueblos latinos y germánicos desde 1494 hasta 1535* (1824), *Historia de los Papas* (1834), *Historia de Alemania en la época de la Reforma*

¹³ George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, FCE, 1977. Ernst Breisach, *Historiography: Ancient, Medieval, and Modern*, Chicago, University Press, 1983. Georg G. Iggers, *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Middletown, Wesleyan University Press, 1968. Gonzalo Pasamar, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Madrid, Síntesis, 2000.

¹⁴ H. Ritter, «Scientific History», *Dictionary of Concepts in History*. Véanse los textos de Niebuhr recogidos por Fritz Stern en su valiosa e insuperada antología de la literatura histórica desde la Ilustración: *The Varieties of History. From Voltaire to the Present*, Londres, Macmillan, 1970, cap. 2. Una presentación biográfica de ese autor y de sus continuadores en Lucien Boia (ed.), *Great Historians of the Modern Age. An International Dictionary*, Westport, Greenwood Press, 1991.

(1839-1843), etc. Sin embargo, su nombre es recordado sobre todo por sus afirmaciones teóricas y metodológicas, entre las cuales descolla con brillo propio la siguiente (del prefacio a su obra de 1824):

A la historia se le ha asignado la tarea de juzgar el pasado, de instruir al presente en beneficio del porvenir. Mi trabajo no aspira a cumplir tan altas funciones. Sólo quiere mostrar lo que realmente sucedió¹⁵.

Para cumplir ese cometido, Ranke practicó y propugnó la búsqueda exhaustiva de documentos archivísticos originales, su verificación, autenticación y cotejo mutuo, y su utilización como base fundamental, y en la medida de lo posible exclusiva, de la narración histórica. Esta metodología empirista, de naturaleza positivista en su apego fidedigno al documento (lo *positum*: lo dado), era solidaria de una concepción «descripcionista» de la ciencia histórica: el esfuerzo metódico de investigación archivística permitiría establecer los hechos y proceder a reconstruir una imagen real y verdadera, objetiva, del pasado tal y como «realmente sucedió». En otras palabras, era una concepción deudora de la ilusión de que el uso fiel y contrastado de la documentación legada por el pasado permitiría eliminar, neutralizar, la subjetividad del historiador, que actuaría como una suerte de notario y ofrecería un relato histórico que fuese una reproducción conceptual, científica, del propio pasado, libre de juicios valorativos, independiente y ajena a las opiniones y creencias particulares del profesional.

Esa concepción empirista de la práctica historiográfica se fundamentaba en una filosofía de la historia llamada *historicismo*, a tenor de la cual «los hechos y situaciones pasadas son únicos e irrepetibles y no pueden comprenderse en virtud de categorías universales sino en virtud de sus contextos propios y particulares». Es decir, se basaba en la idea de la *historicidad* radical de todos los fenómenos humanos, fueran individuos privados o instituciones culturales. Todos ellos, únicos e irrepetibles en el tiempo y el espacio, evolucionaban de acuerdo con sus propios principios y debían ser comprendidos hermenéuticamente (por interpretación) en su singularidad, y no explicados mediante leyes universales: eran resulta-

¹⁵ Recogido en Fritz Stern, *The Varieties of History*, cap. 3. James Joll, *National Histories and National Historians: Some German and English Views of the Past*, Londres, German Historical Institute, 1985. Gérard Noiriel (*Sobre la crisis de la Historia*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 56) ha recordado que el propio fundador de la Universidad de Berlín, Wilhelm von Humboldt, había pronunciado palabras muy similares a las de Ranke en 1821: «la tarea del historiador es exponer lo que ha ocurrido».

do de la razón histórica y no de una razón atemporal ilustrada que concebía erróneamente el tiempo *histórico* como una magnitud equivalente al tiempo físico. Por esto es falso considerar a Ranke un «positivista», dado que el positivismo de Augusto Comte (1798-1857) predicaba el estudio de la sociedad (la sociología) «con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos, físicos y químicos», tratando de encontrar las leyes generales que regulaban la evolución socio-histórica para predecir el curso futuro.

La llamada a la investigación archivística sobre fuentes primarias lanzada por Ranke fue secundada de inmediato en Alemania (donde Theodor Mommsen, en su *Historia romana* (1854), combinó la crítica filológica y epigráfica con la numismática y la incipiente arqueología) y en el resto de los países occidentales. Y dados sus notorios éxitos en el rescate de datos y hechos caídos en el olvido de los archivos y bibliotecas, esta práctica historiográfica fue arrumbando paulatinamente a los meros cultivadores de la historia literaria y erudita.

En otro apartado hemos visto la debilidad de los fundamentos gnoseológicos de la concepción de la ciencia histórica predicada por Ranke. Sobre todo, su vana pretensión de «reconstruir el pasado» como «realmente sucedió» y su utópica premisa de eliminar totalmente al sujeto, al historiador y sus valores, del proceso interpretativo de construcción del relato histórico sobre la base de las reliquias-documentos. En la actualidad podemos apreciar los motivos políticos e ideológicos por los que la escuela histórica alemana concentró sus considerables esfuerzos en el ámbito de la historia política y diplomática, tanto romana como moderna. Niebuhr y Mommsen consideraban que había un paralelismo histórico entre Roma y Prusia: la segunda estaba llamada a realizar la unidad alemana así como la misión de la primera había sido unificar Italia. De igual modo, el privilegio otorgado por Ranke y sus discípulos a la investigación en archivos diplomáticos y estatales no era ajeno a la convicción general entre los historiadores «de que su tarea era contribuir a la construcción de un Estado nacional alemán» y que dicha tarea era esencialmente un asunto de orden *político y diplomático*¹⁶.

Dicho lo que precede, debe añadirse que la apreciación de ese contexto socio-político operante detrás de esos estudios en nada disminuye la

¹⁶ H. Bruhns, «El inaccesible pasado alemán», *El Correo de la Unesco*, abril de 1990, pp. 4-9. Juan José Carreras, «El historicismo alemán», en *Razón de historia. Estudios historiográficos*, Madrid, Marcial Pons, 2000. Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México, FCE, 1983.

valía de los resultados positivos, científicos, que fueron logrados en esas investigaciones. Si no hubiera sido así, deberíamos concluir que se trataba de nuevas leyendas más sofisticadas, fábulas y mitos más sutiles, o meros panfletos políticos prusianos. Y es evidente que no son tal cosa y que hay una diferencia fundamental, de orden, grado y calidad, entre esos relatos y los mitos. Aunque sus autores pretendiesen esos fines políticos y sus obras contribuyeran poderosamente a fomentar y extender el nacionalismo alemán, no cabe duda que en ellas había también conocimiento histórico verdadero sobre la historia romana y moderna. Y que ese conocimiento, en virtud de su racionalidad y apoyatura documental, instauraba un nivel de crítica autónoma y regresiva (es decir: independiente de las intenciones del historiador) y potencialmente destructiva de los mitos y falacias históricas, de las construcciones ideológicas interesadas (incluyendo las presentes en el propio trabajo histórico).

Ahí residía la nueva practicidad social de la moderna ciencia histórica y su valor para las restantes disciplinas humanísticas: a partir de entonces sería imposible hablar sobre el pasado sin tener en cuenta los resultados de la investigación histórica positiva, so pena de hacer pura metafísica pseudo-histórica y arbitraria. Haber alcanzado ese nivel de conocimiento histórico crítico, autónomo y regresivo es un mérito indudable de la escuela alemana y es el que permite precisamente, hoy en día, discriminar en ella lo «verdadero» y aún valioso y lo «ideológico» y prescindible. En este sentido, cabe afirmar que Niebuhr y Ranke, pese a su nacionalismo y conservadurismo, siguen siendo colegas predecesores de los historiadores actuales de un modo que no puede predicarse de Heródoto o Tucídides.

VI. LA FORMACIÓN DEL GREMIO PROFESIONAL DE HISTORIADORES

La expansión de la práctica historiográfica basada en la investigación archivística fue correlativa al proceso de institucionalización y profesionalización de los estudios históricos, completando el eje pragmático que está siempre presente en la cristalización de una ciencia. A partir de Niebuhr y Ranke, la premisa de que la historia es una disciplina científica cuyo método ha de ser enseñado de modo regulado a los aprendices (básicamente a través del seminario de investigación tutelado por un profesional) sirvió de plataforma para la creación de cátedras y departamentos de historia en las universidades europeas: en Alemania desde 1810, en Francia desde 1812, y en Gran Bretaña desde 1850. Durante el último cuarto del siglo XIX,

el seminario de tipo rankeano fue importado en las universidades de Estados Unidos como método de enseñanza y formación de historiadores, junto con las reglas metodológicas de la escuela alemana¹⁷.

A la par que la historia se asentaba en las universidades, se generalizaba la apertura o creación de los archivos (Archivo Histórico Nacional español, fundado en 1866) y de las bibliotecas, repositorios de la materia prima del trabajo histórico. La tendencia a la profesionalización derivada del surgimiento de puestos en las universidades, institutos y escuelas dio origen al gremio profesional de los historiadores, bien configurado en casi toda Europa a partir de mediados del siglo XIX. Al final de la centuria, Alemania contaba con 175 cátedras de Historia y Francia con 71. Ese gremio fue cristalizando a medida que se regulaban los mecanismos de acceso a la función, las convenciones técnicas sobre la edición de libros y documentos, las reglas de citación y referencia bibliográfica, los criterios mínimos de cientificidad, las sucesivas especialidades dentro de la disciplina, etcétera.

Sobre esa base sociológica, surgieron las primeras revistas especializadas destinadas a la profesión: la alemana *Historische Zeitschrift* (1859), la francesa *Revue Historique* (1876), el *Boletín de la Real Academia Española de la Historia* (1877), la *English Historical Review* (1886), o la *American Historical Review* (1895). Ya sólidamente constituida la profesión, fueron apareciendo los primeros manuales docentes de introducción al trabajo histórico. De la mano de ellos, generaciones de estudiantes universitarios fueron entrenados en las tareas de investigación histórica y, en algunos casos, incorporados al gremio. El primer manual influyente, del alemán Gustav Droysen, *Elementos de historia*, apareció en 1868. El segundo fue obra del británico Edward Freeman (*Los métodos de estudio histórico*, 1886), autor del memorable aforismo: «La historia es la política pasada, y la política es la historia presente». A él le siguieron los franceses Charles Langlois y Charles Seignobos (*Introducción a los estudios históricos*, 1898), cuyo *dictum* aún resuena en las aulas: «La historia se hace con documentos (...) Nada suple a los documentos, y donde no los hay, no hay historia». Finalmente, casi al término del siglo (1898) comenzaron a celebrarse los primeros congresos internacionales¹⁸.

¹⁷ «Profession of History», en John Cannon (comp.), *The Blackwell Dictionary of Historians*, pp. 343-344. Gonzalo Pasamar, *La historia contemporánea*, cap. 2.

¹⁸ F. Stern, *The Varieties of History*, cap. 10. Charles Langlois y Charles Seignobos. *Introducción a los estudios históricos*. Buenos Aires, Pléyade, 1972.

VII. NACIONALISMO E HISTORIA EN EL SIGLO XIX

Si bien la profesionalización de la historia es un fenómeno general en Europa y Norteamérica durante el siglo XIX («el siglo de la historia»), también es cierto que ese proceso y la expansión del método documental-positivista no dejó de ser paralelo al surgimiento de nebulosas escuelas nacionales de historia. Basta comparar a Ranke con las figuras más notables de la historiografía inglesa o francesa: Thomas Babington Macaulay (1800-1859) y Jules Michelet (1789-1874). En ambos casos, la prédica rankeana del objetivismo y la neutralidad no fueron totalmente asumidas y se mantuvo la tesis de la participación interpretativa del historiador en la construcción del relato histórico.

Aun cuando sus relatos estuvieran basados en una exhaustiva investigación archivística, Macaulay no desatendió nunca el aspecto retórico heredado de la tradición literaria y fue sobre todo un excelente narrador. Esa preocupación por el efecto literario continuará siendo una cualidad distintiva de la historiografía británica en el contexto europeo. De igual modo, Macaulay, que fue diputado liberal, es el mayor exponente de la llamada interpretación «whig» (liberal) de la historia, que juzgaba los procesos históricos desde el metro ofrecido por el presente tolerante, próspero y complaciente de la Inglaterra de su época y de la reina Victoria. Unos procesos que no se reducían a la historia política y diplomática al modo germano, sino que se extendían a lo que hoy llamaríamos «historia social y cultural», procurando abarcar todo el campo de las actividades humanas:

(...) el progreso de las artes utilitarias y ornamentales, el ascenso de sectas religiosas y los cambios del gusto literario, las costumbres de las sucesivas generaciones, sin olvidar por negligencia las revoluciones que han tenido lugar en el vestuario, el mobiliario, la cocina y las diversiones públicas¹⁹.

Macaulay llevó a la práctica ese programa historiográfico en su popular *Historia de Inglaterra desde la entronización de Jacobo II*, publicada en 1849. No cabe olvidar la presencia de esta tradición cuando se contempla el florecimiento de la historia social y cultural británica y anglófona en el siglo XX y, especialmente, después de 1945.

¹⁹ F. Stern, *The Varieties of History*, cap. 5. G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, cap. 15. Peter Burke, *Sociología e historia*, Madrid, Alianza, 1980, p. 16. Gareth Stedman Jones, «Historia: miseria del empirismo», en R. Blackburn (ed.), *Ideología y ciencias sociales*, Barcelona, Grijalbo, 1977, pp. 109-131.

En la obra de Jules Michelet se encuentra también la conexión entre una investigación archivística exhaustiva (desde 1830 fue director de los Archivos Nacionales franceses) y una participación consciente (y en su caso emotiva y romántica) en la construcción del relato histórico. En línea con la escuela histórica francesa posterior a la revolución de 1789 (Augustin Thierry, François Guizot, Alexis de Tocqueville), Michelet elaboró una obra histórica donde la presentación de los conflictos políticos e ideológicos se entretreja y conectaba con las condiciones sociales y económicas imperantes en cada coyuntura. Por esta razón, Karl Marx declaró que había «descubierto» la lucha de clases leyendo a los historiadores franceses. En el caso de la popular *Historia de la Revolución francesa* (1847-1853), Michelet combinó ese entretreimiento con un explícito compromiso republicano. Y a tono con éste y su ardiente nacionalismo romántico, otorgó el protagonismo revolucionario a un agente histórico que se configuraba como «el pueblo de Francia», el sector laborioso de la población opuesto a los privilegiados y acomodados. El asalto a la cárcel real de París el 14 de julio de 1789 significaría la primera irrupción de este protagonista popular en la historia nacional de Francia:

El asalto a la Bastilla no fue razonable en modo alguno, fue un acto de fe. Nadie lo propuso, pero todos creyeron y todos actuaron. A lo largo de las calles, de los puentes y de las avenidas, la multitud gritaba a la multitud: «¡A la Bastilla! ¡A la Bastilla!». Y en medio del toque a rebato, todos oían: «¡A la Bastilla! Nadie, repito, dio la orden... ¿Quién lo hizo?: Los que tenían la devoción y la fuerza para hacer cumplir su fe ¿Quién?: El pueblo, todo el mundo²⁰.

El nacionalismo romántico apreciable en Michelet contribuyó asimismo a fomentar el desarrollo de historiografías nacionales en casi toda Europa a lo largo del siglo XIX. De hecho, la redacción de historias nacionales fue una pieza clave en la configuración de esa novedosa conciencia de grupo «nacional» desarrollada con la industrialización, el crecimiento demográfico y urbano, y la alfabetización de una población hasta hacía poco rural e iletrada. Tal fue la función de la historia de Bohemia de Palacky (1836), el *Sommario della Storia d'Italia* de Cesare Balbo (1845), la *Historia General de España* de Modesto Lafuente (1850), etc. A su amparo, y con el concurso de mitos históricos y ceremonias conmemorativas *ad hoc* (el culto francés a Juana de Arco, la leyenda inglesa del sajón libre de na-

²⁰ Recogido en Robert Stinson (ed.), *The Facies of Clio. An Anthology of Classics in Historical Writing from Ancient Times to the Present*, Chicago, Nelson-Hall, 1987, cap. 13. Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, cap. 12.

cimiento, Numancia y la unificación peninsular visigoda en España), las diferentes burguesías europeas fueron creando su propia identidad nacional y divulgando esa doctrina entre los demás grupos sociales²¹.

VIII. EL IMPACTO DEL MARXISMO

La segunda mitad del siglo XIX, a la par que se iban constituyendo las diversas escuelas historiográficas nacionales, fue también escenario de la aparición y difusión de la obra del filósofo revolucionario alemán Karl Marx (1818-1883).

El marxismo, como cuerpo de escritos elaborado por Marx, solo o en colaboración con su compatriota Friedrich Engels, es una filosofía materialista de implantación política y vocación revolucionaria. Lenin apuntó las tradiciones intelectuales que se combinaron en la génesis del pensamiento marxiano: «la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, unido a las doctrinas revolucionarias francesas en general»²². En el contexto de la industrialización europea, con su secuela de cambios económicos, migración y desarraigo de masas campesinas, extensión de la miseria urbana y generación de una nueva clase obrera industrial (el proletariado), Marx abordó la crítica de esas transformaciones pertrechado por su formación filosófica (se había doctorado en la Universidad de Berlín bajo la influencia del fallecido filósofo Hegel). Su análisis crítico fue extendiéndose desde el plano intelectual y político (como redactor de un periódico democrático de 1842 a 1843) hasta el ámbito de los fundamentos económicos y las consecuencias sociales de la implantación del nuevo orden burgués y capitalista.

²¹ Paul M. Kennedy, «The Decline of the Nationalistic History in the West, 1900-1970», *Journal of Contemporary History*, vol. 8, 1973, pp. 77-100. Por lo que respecta a España, véase Ignacio Peiró y Gonzalo Pasamar, *Diccionario de historiadores españoles contemporáneos*, Madrid, Akal, 2002.

²² Vladimir Ilich Lenin, «Carlos Marx», en *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1970, vol. 1, p. 28. David MacLelland, *Karl Marx. Su vida y su obra*, Barcelona, Crítica, 1977. D. MacLellan, «La concepción materialista de la historia», y Pierre Vilar, «Marx y la historia», ambos en AA VV, *Historia del marxismo. El marxismo en tiempos de Marx*, Barcelona, Bruguera, 1979, vol. 1. Véase igualmente las contribuciones de J. J. Carreras, J. Fontana, S. Juliá y otros en «El marxismo y la historia» en AA VV, *El marxismo en España*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1984. Santos Juliá, «El materialismo histórico: Marx», en S. Juliá y A. Martínez, *Teoría e historia de los sistemas sociales*, Madrid, UNED, 1991, cap. 7.